

Una fiesta innombrable

Encuentros en la isla de Fidel

Llamil Mena Brito



Virgilio Piñera y José Lezama Lima en La Habana

ESTA ES LA HISTORIA DE UN ENCUENTRO que no cambió el rumbo de la literatura universal. Un encuentro equidistante entre dos generaciones de escritores cubanos que tuvieron a bien compartir tan sólo su condición sexual en un régimen político adverso a la homosexualidad y un profundo amor por una misma isla y cada una de sus imágenes, aún las más sórdidas. Es la confluencia de tres exiliados que escribieron las letras más poderosas de la segunda mitad del siglo xx cubano y en cuyas personalidades pudo definirse la vanguardia de lo más rico y estimulante que Cuba regaló al mundo en ese siglo.

José Lezama Lima, Virgilio Piñera y Reinaldo Arenas son los protagonistas de esta reunión cuyo epicentro fue La Habana de Fidel Castro. E importante es acotar esta circunstancia, pues el cambio que ocasionó la

revolución en la vida de los tres ilustres escritores marcó la clara escisión entre el antes y después de sus ya añejos exilios. Hablemos de ello, pues fue desde la condición del exiliado (¿acaso un lugar carente de encuentro?) donde los tres pudieron explicarse como parte ajena del mundo que habitaron y adquirir toda la fuerza simbólica que sostuviera la resistencia a seguir formando parte de la vida literaria.

José Lezama Lima era ya un hito, aquel “buda tropical” fundador de la revista *Orígenes* y portentoso poeta cuyo nombre y prestigio fueron su enclave de inmunidad. A la caída del régimen de Batista y la llegada de Castro, poco quedaba por demostrar; sin embargo, su *Paradiso* fue lo suficientemente incómodo para intentar borrarlo de la historia oficial de la literatura cubana. Su exilio fue interno y voluntario. Murió en la Habana que tanto amó y no dejó de portar en reuniones oficiales el crucifijo que su madre le heredara como un guiño para todo aquel intelectual alineado al partido.

Virgilio Piñera, por su parte, hizo de la parodia y la polémica su forma de confinamiento. Sin jamás esconder su condición sexual, ni mucho menos su incomodidad con la tradición, pronto tuvo que huir del entorno intelectual cubano. Antes de la revolución viajó a Argentina, se volvió cómplice de otro exiliado, el polaco Witold Gombrowicz, y juntos blasfemaron el nombre de un intocable, Borges. Volvió a la Habana para morir en la más completa ignominia. Lezama y Virgilio, muy a pesar de sus profundas diferencias, cultivaron una amistad eterna.

El joven Reinaldo Arenas apareció en sus vidas ya tarde, pero probablemente en el momento más álgido de sus respectivas vocaciones, con un año de diferencia a la presentación de *Paradiso* (1966), Reinaldo publicó su único libro en Cuba, *Celestino antes del alba*, texto que primero fue reconocido por un jurado que Lezama Lima encabezó y después recibió la completa ayuda de Piñera para pulirlo y dejarlo en manos de los impresores.

Aquí es donde me obligo a creer que la imagen de este encuentro no puede hallarse en el guiño del destino editorial, ni siquiera en las afinidades literarias que empataron a estos tres cubanos a finales de los sesenta. Por más que una secuencia de la película que regresó a Reinaldo Arenas a la agenda cultural mundial, *Antes que anochezca* (Schnabel, 2000), recree esta reunión, presiento que la imagen que cita en la historia de la literatura y de su país a los tres estuvo siempre en otro sitio. Dicho sitio puede ser el de la bizantina disputa del autor con su entorno. La encarnizada lucha



Reinaldo Arenas en Miami, Florida, agosto de 1983.
(Fotografía de Bernard Diederich/Time Life Pictures/
Getty Images)



Virgilio Piñera

de un escritor contra la opresión de su circunstancia, aunque bien sabemos que nuestros cubanos no fueron los primeros ni los únicos que hallaron toda clase de dificultades para alimentar su trabajo y su mito.

El encuentro lo veo en otra parte.

Primero, en aquel inexpugnable lugar del hedonismo, la recreación de aquello que entendían como una parte indispensable de lo cubano y, evidentemente, de sus más íntimos goces. Es la historia de todos esos encuentros sexuales, sórdidos en su mayoría, que cargaron de imágenes sus letras. Una vista a los sitios más recónditos de la vida sexual cubana donde la fiesta, el calor y los sexos se fusionan con la naturalidad del paisaje y la vida caribeña. Arenas y Lezama Lima ilustran de hermosa manera estos particulares encuentros, ya sea en el contexto infantil, donde los baños en los ríos y las tardes en la playa figuran como prólogo de las eventuales noches de la adolescencia y la madurez. Noches repletas de diversos seres hambrientos de sexo en una fiesta interminable, una celebración que debió terminar en la patética circunstancia de persecuciones, o de la vejez misma, que devolvió a la profundidad de los hogares el aquerrale en forma de anécdotas, chismes o meras fantasías de viejos.

Después queda el encuentro con la profunda melancolía del ostracismo. La inagotable frustración por una patria que amaron con intensidad y que nunca pudieron ni quisieron abandonar. La eterna imagen de una Habana petrificada, convertida en un monu-

mento de estímulos, desarraigos, batallas absurdas, pero, sobre todo, de una vida intelectual que no podía adquirir sentido emocional fuera de la insularidad de sus narradores. Deben ser estas las imágenes, tan difíciles de asimilar, pero que permanecen hoy tan vivas y hermosas.

Habla Arenas sobre una conferencia de Lezama Lima: “Era la ratificación de la labor creativa creadora, del amor a la palabra, de la lucha por la imagen completa contra todos los que se oponían a ella”. Pues el ángulo nunca fue una reivindicación social de la condición sexual por parte de estos tres hombres, la resistencia siempre fue mucho más básica, eludir el castigo, vivir para ratificar una presencia, un nombre que no pudiera ser desaparecido por un acto burocrático. “La belleza es en sí misma peligrosa, conflictiva, para toda dictadura —continúa Arenas—, porque implica un ámbito que va más allá de los límites en que esa dictadura somete a los seres humanos; es un territorio que se escapa al control de la policía política y donde, por tanto, no pueden reinar.”

La confluencia de Lezama Lima, Virgilio Piñera y Reinaldo Arenas no representa un hito, muchas lagunas quedan por llenar. Un último encuentro falta por realizarse, el del legado literario que estos tres escritores dejaron para la Cuba postrera. Un encuentro que sólo puede realizarse en la plenitud del alcance de todo lector con cada letra legada. Arenas prohibió la publicación de su obra en Cuba hasta la muerte de Castro, el mismo sitio donde Lezama Lima y Piñera esperan una lectura suntuosa y completa de sus aportaciones antes y durante la revolución cubana. Esa cita parece ser imposible, para ello se necesita un ejercicio de conciencia extrapolítico, pero sobre todo una participación cabal en la fiesta de muchos actores que no pueden admitir la parábola revolucionaria en la que estos escritores convivieron. El día llegará; mientras, la espera queda en la metáfora ardiente. Hoy, una frase en la tumba de Lezama Lima en el Cementerio de Colón petrifica y predice esa cita: “La mar violeta añora el nacimiento de los dioses, ya que nacer aquí es una fiesta innombrable.” 